

este sacrificio y todas sus alabanzas y virtudes, ni dejaban satisfecho su ardiente y generoso amor, ni menos igualar podían la grandeza de la maternidad divina á que Dios la había exaltado; era indispensable, por lo mismo, que María ofreciera al Padre el Hijo que Él mismo le había dado. Es, pues, esa ofrenda una manifestación de su reconocimiento y gratitud; la paga y el tributo, por decirlo así, con que satisface, cuanto es posible á una criatura, la deuda que con Dios tiene por los singulares y preciosos dones de que Su Majestad la enriqueció desde el primer instante de su purísima existencia. Ahora bien: ¿qué noble corazón deja de sentirse alegre y lleno de consuelo cuando derrama su ternura y rinde al amado pruebas de cariño, ofreciendo á su gloria el más rico tesoro que posee? Y generoso y noble corazón como el de María, después del corazón de su Hijo, no se halló ninguno; por esto, su oblación es mejor que víctima escogida que engrasa el altar, y su olor es suave en la presencia del Altísimo....., porque Ella glorifica á Dios con alegre corazón, y entrega al Hijo de su seno con semblante alegre, y lo consagra cual preciosa ofrenda, con inmenso y santo regocijo (1).

Sabe María que Dios aceptará su ofrenda y que Jesús será inmolado á la justicia de su Padre; Ella, entretanto, no dice una palabra; inclina su frente pura y virginal, y en unión de su Hijo se pone en manos del Señor. Oigamos lo que dice el Evangelio: «Al entrar con el niño Jesús sus pa-

(1) Eccí., xxxv, 8, 11.

dres, para practicar con Él lo prescrito en la ley, tomándole Simeón, bendijo á Dios, diciendo: «Ahora, Señor, saca en paz de este mundo á tu »siervo, según tu promesa. Porque ya mis ojos »han visto al Salvador que nos has dado, al cual »tienes destinado para que, expuesto á la vista de »todos los pueblos, sea luz brillante que ilumine »á los gentiles y la gloria de tu pueblo de Israel.» Su padre y su madre escuchaban con admiración las cosas que de Él se decían. Simeón bendijo á entrambos, y dijo á María, su Madre: «Mira, este »Niño que ves, está destinado para ruina y resu- »rrección de muchos en Israel, y para ser el »blanco de la contradicción de los hombres; lo »que será para Ti misma una espada que traspas- »saré tu alma, á fin de que sean descubiertos los »pensamientos ocultos en los corazones de mu- »chos» (1).

¿Que se han hecho el contento, el grande y santo regocijo que inundaban el alma de la Niña? Un velo negro cubrió su hermosa frente; acercó á sus labios un cáliz muy amargo; su sensible y tierno corazón lanzó un gemido de dolor profundo; mas con todo, aquel velo enjugó su triste llanto; sus labios guardaron silencio, su corazón bendijo á Dios. ¡Y María recibe en brazos á Jesús y fija en Él sus miradas de Madre! ¡Cuán grande sería su dolor! Le parece que ve traspasadas sus manos, y su frente rodeada de espinas, y su cuerpo cubierto de sangre.... Y con todo, es un Niño muy tierno que casi acaba de nacer; es un Niño

(1) Luc., II, 27, 35.

á quien ama y adora con ardiente y sagrada ternura; es un Niño.....; mas ¿por qué no dejar que los ojos derramen su llanto? Nuestra Madre envuelve al Niño, lo estrecha en su seno, lo cubre de besos, solloza doliente y desahoga su pecho. Que lleve á Jesús; mas ya sabe María que á su tiempo tendrá que entregarlo á la muerte; que los brazos que hoy cargan á ese Niño, tan puro y hermoso, un día sostendrán su cuerpo sin vida y cubierto de sangre.

¡Oh, hermosa y tierna Madre! ¿Por qué suspiras con tan honda pena? ¿No tienes contigo al que es el gozo de los ángeles, al que causa todas tus delicias? Has visto en el confín del horizonte la fúnebre colina del Calvario, y tu corazón de Madre quedó despedazado; bajaste la cabeza, y tus miradas se encontraron con las de Jesús, que, tierno y amoroso, veía la pena que sufrías; lo contemplaste tan amable y agraciado, y volvió á llorar tu corazón. Y, con todo, humilde y resignada, bendijiste y adoraste la voluntad santísima de Dios. Á tu ejemplo, tus hijos queremos, Niña hermosa, sacrificar al Señor lo más querido que tenga el corazón; recibir de su mano soberana, con agrado y rendimiento, cuanto Su Majestad quiera darnos: lo dulce y lo amargo, la enfermedad ó la salud, la vida ó la muerte. Mas, Tú lo sabes perfectamente, somos hombres miserables que, en la prosperidad, tantas veces olvidamos al Señor, y en la prueba, también desfallecemos. Auxílianos, Señora, y haz que sigamos tus pisadas con fervor y constancia todos los días de nuestra vida, para obtener por fin estar siempre

contigo cantando tus divinas alabanzas en el cielo.

CAPÍTULO IX.

EL DESTIERRO Y LA VUELTA Á LA PATRIA.

§ I.



UN ángel del Señor apareció en sueños á José, diciéndole: «Levántate, toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto, y estáte allí hasta que yo te avise. Porque Herodes ha de buscar al Niño para matarlo.» Levantándose José, tomó al Niño y á su Madre, de noche, y se retiró á Egipto, donde se mantuvo hasta la muerte de Herodes; de suerte que se cumplió lo que dijo el Señor por boca del Profeta: «Yo llamé de Egipto á mi Hijo.» Entretanto, Herodes, viéndose burlado de los Magos, se irritó sobremanera, y mandó matar á todos los niños que había en Belén y en toda su comarca, de dos años abajo (1).

¿Cuál sería el despertar de esa doncella, nuestra Niña, la Madre de Jesús, al oír la voz temblorosa de José que le anunciaba la partida al Egipto, descubriéndola cuanto el ángel le había dicho? Ella, que dormía tranquilamente junto al Hijo de su amor, á quien un tirano buscaría para

(1) Matth., II, 13, 16.